

RETIRO: “LAS PARÁBOLAS DE JESÚS”

VIII.- LOS INVITADOS A LA BODA.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

Jesús proclamó por todas partes el Reino de Dios, pero si alguien le preguntaba en qué consistía ese “Reino”, no le respondía con una definición. Lo hacía contando breves historias, llamadas “parábolas”, relatos formados a partir de hechos sacados de la vida cotidiana. Las parábolas “relatan episodios que atraen la atención, hablan de la vida de quien escucha y muestran, incluso en la diversidad de las situaciones narradas, algo común a todas ellas: el estilo de Dios en el actuar”.

En el primer retiro estuvimos reflexionando la parábola de la semilla que crece por sí sola, y veíamos que la semilla de Dios tiene un dinamismo silencioso pero imparable, y fructificará con toda seguridad.

En el segundo retiro vimos que no somos conscientes, cada mañana, de que el mero talante con que nos enfrentamos a nuestra vida diaria, ya desde dentro de nuestra casa, es una siembra.

En el tercer retiro reflexionamos las parábolas del grano de mostaza y la levadura en la masa, y vimos que hemos de aprender a vivir nuestra fe como testigos fieles de Jesús, “en minoría”.

En el cuarto retiro contemplamos la parábola de las doncellas prudentes y las necias, sabiendo que también hay cristianos expectantes, vitales, y cristianos adormecidos, con una fe apagada.

En el quinto retiro, con la parábola del fariseo y el publicano, descubrimos que se trata de dos actitudes que pugnan en el interior de cada uno, y que tenemos que descubrir y reconocer que hay en nosotros un poco del uno y otro poco del otro.

En el sexto retiro contemplamos dos parábolas: la de la oveja perdida y la de la moneda perdida, donde Jesús nos muestra que Dios es misericordia y se alegra por la conversión de los pecadores.

En el séptimo retiro profundizamos en la parábola de los talentos, muy conocida pero a menudo nos quedamos en una interpretación bastante literal e inmediata, y por tanto, muy reducida.

Hoy contemplaremos la parábola de los invitados a la boda. Jesús nos invita a la fiesta del amor y de la fraternidad, pero los convidados en primer lugar no hacen caso. Y alguno de los que sí aceptan, no se toma en serio la invitación.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿cuántas parábolas de Jesús sabría enumerarle?
- ¿Qué parábola es la más significativa para mí? ¿Por qué?
- ¿Sabría explicar la parábola de los invitados a la boda?

JUZGAR:

Mateo 22, 1-14

En aquel tiempo volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo, diciendo:

—El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados encargándoles que les dijeran: tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda.

Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados:

—La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda.

Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo:

—Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirme de fiesta?

El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros:

—Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

LA INVITACIÓN

En esta parábola, Jesús presenta el Reino de Dios como un banquete de bodas, símbolo de alegría, de encuentro. Dios está preparando una fiesta final para todos sus hijos e hijas, pues a todos los quiere ver sentados, junto a Él, en torno a una misma mesa, disfrutando para siempre de una vida plena.

Ésta fue ciertamente una de las imágenes más queridas por Jesús, el banquete, para «sugerir» el final último de la historia humana. No se contentaba solo con decirlo con palabras: Él se sentaba a la mesa con todos, y comía hasta con pecadores e indeseables, pues quería que todos pudieran ver con sus propios ojos algo de lo que Dios deseaba llevar a cabo.

Por eso Jesús dedica su vida entera a difundir la gran invitación de Dios: «Tengo preparado el banquete. Venid». No imponía nada, no presionaba a nadie. Invitaba y llamaba. Anunciaba la Buena Noticia de Dios, despertaba la confianza en el Padre, quitaba los miedos, encendía la esperanza y el deseo de Dios. A todos procuraba hacer llegar su invitación, sobre todo a los más necesitados de sentido para sus vidas.

Jesús introduce en el mundo la experiencia de un Dios que nos está invitando a compartir con Él una fiesta fraterna en la que culminará lo mejor de nuestros esfuerzos, anhelos y aspiraciones.

Para la reflexión:

- ¿Qué me llama la atención al leer esta parábola? ¿Qué sentimientos despierta en mí?
- ¿Me siento invitado a ese banquete? ¿Cuál es mi reacción?
- Jesús dedica su vida entera a difundir la gran invitación de Dios. No imponía nada, no presionaba a nadie. Invitaba y llamaba. Anunciaba la Buena Noticia de Dios, despertaba la confianza en el Padre, quitaba los miedos, encendía la esperanza y el deseo de Dios. ¿Es ese mi estilo como cristiano, como discípulo misionero?

LAS EXCUSAS

En la parábola Jesús presenta también el rechazo absurdo de los invitados, que muestran signos de indiferencia, fastidio, pasotismo y lejanía. Todos tienen cosas más importantes que hacer. Ninguno de los invitados quiere saber nada de participar en una fiesta de bodas. Algunos incluso maltratan y matan a los mensajeros, de modo que el absurdo alcanza su culmen.

Jesús era realista. Sabía que la gran invitación de Dios podía ser rechazada. El Evangelista san Mateo describe diversas reacciones. Unos la rechazan con indiferencia: **No hicieron caso**. A otros les importan más lo que tienen entre manos: **uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios**. Otros reaccionaron de manera hostil y violenta, **los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos**.

¿Qué tienen en común estos personajes? Todos tienen algo urgente que hacer, algo que no puede esperar, que reclama inmediatamente su presencia. El banquete representa lo importante en la vida, más aún, lo único esencial. Está claro entonces en qué consiste el error cometido por los invitados: en dejar lo importante por lo urgente.

El rechazo a la gran invitación de Dios se sigue produciendo hoy. En el plano personal, porque seguimos cometiendo el mismo error: dejamos lo importante por lo urgente. Esto se traduce, por ejemplo, en aplazar el cumplimiento de los compromisos religiosos porque cada vez se presenta algo urgente que hacer. Es domingo y es hora de ir a la Eucaristía, pero hay que atender aquella visita, aquel trabajo, hay que preparar la comida... La liturgia dominical puede esperar, lo demás no.

Nos ocurre muchas veces: se presentan siempre cosas urgentes que despachar, tareas imprevistas que hacer... y lo referente a Dios no lo vemos como urgente, si se pospone aparentemente no se cae el mundo, así que se deja de lado. Y así repetimos el gran error de dejar lo importante por lo urgente: nos pasamos la vida atendiendo los mil pequeños quehaceres que hay que despachar y no encontramos tiempo para lo que de verdad va a sostener y dar sentido a nuestra vida.

Y si esto ocurre en el plano personal, mucho más en el plano social. La religión está en crisis, sobre todo en las sociedades desarrolladas de Occidente. Son cada vez menos los que se interesan por las creencias religiosas, se abandonan las prácticas religiosas y la sociedad camina hacia una indiferencia creciente, donde Dios no está presente.

Son muchos los que no quieren escuchar llamada alguna de Dios que pueda transformar su vida y cambiar sus intereses. Satisfechos con nuestro bienestar, nos volvemos sordos a todo lo que no sea nuestro propio interés, y nos creemos que no necesitamos a Dios. A fuerza de desengaños y ante la incertidumbre del presente y del futuro, nos estamos acostumbrando a vivir sin necesidad de una esperanza última.

Hoy en día, para la gran mayoría de las personas, la felicidad está en tener más, en comprar más, en poseer más cosas y tener más seguridad. Otros buscan el goce inmediato en el juego, drogas, sexo, diversión... Hay que huir de los problemas y refugiarse en el placer del presente.

Pero todo esto no proporciona lo que el ser humano anda buscando, de modo que sigue insatisfecho. Es bueno que busquemos un bienestar mayor, pero, ¿qué plenitud puede haber tras ese afán de poseer aparatos electrónicos cada vez más perfectos, coches más veloces, electrodomésticos más sofisticados? ¿Qué plenitud se puede encontrar cuando se han estrujado todas las posibilidades del sexo, se ha pasado el efecto de la droga o se ha hundido uno en un pasotismo total?

Por eso las personas seguirán siendo unas eternas buscadoras de orientación, felicidad, plenitud, verdad, amor. Y por eso la gran invitación de Dios debe seguir resonando en medio de las insatisfacciones, gozos, luchas e incertidumbres de nuestra vida.

La experiencia del rechazo a la gran invitación de Dios nos tiene que cuestionar: ¿Quién y cómo la anuncia? Y debemos reconocer que, en la Historia de la Iglesia, los “criados” enviados por el Señor bastantes veces no han presentado el mensaje cristiano como una invitación a una fiesta. Algunos han sustituido la Buena Noticia por una especie de recordatorio de un funeral o han convertido la invitación de bodas en una orden de reclutamiento para trabajos forzados.

Tal vez hoy una de las tareas más importantes de la Iglesia, por tanto de cada uno de nosotros, sea crear espacios y facilitar experiencias donde las personas puedan escuchar de manera sencilla, transparente y gozosa la invitación de Dios proclamada en el Evangelio de Jesús. Y después, ya podrán decidir si la aceptan o la rechazan.

Para la reflexión:

- ¿Cuáles son mis excusas para rechazar las invitaciones de Dios? ¿Caigo en el error de dejar lo importante por lo urgente? Pienso en casos concretos.
- Hoy en día, para la gran mayoría de las personas, la felicidad está en tener más, en comprar más, en poseer más cosas y tener más seguridad. Otros buscan el goce inmediato en el juego, drogas, sexo y diversión... Hay que huir de los problemas y refugiarse en el placer del presente. ¿Conozco personas que busquen así la felicidad? ¿Dónde la busco yo?
- Medito este párrafo: Debemos reconocer que, en la Historia de la Iglesia, los “criados” enviados por el Señor bastantes veces no han presentado el mensaje cristiano como una invitación a una fiesta. Algunos han sustituido la Buena Noticia por una especie de recordatorio de un funeral o han convertido la invitación de bodas en una orden de reclutamiento para trabajos forzados.

LOS NUEVOS COMENSALES

Pero a pesar de la falta de adhesión de los que son invitados en primer lugar, el Proyecto de Dios no se interrumpe: Dios no suspende su fiesta, su banquete. La propuesta, lejos de ser anulada, se dirige ahora a destinatarios inesperados, reunidos en las plazas y en las encrucijadas de los caminos, gente pobre, desesperados, gente vulgar, de cualquier extracción social. Incluso buenos y malos sin distinción.

Los invitados pueden fallar, pero el Plan de Dios no fracasa. La sala queda vacía sólo momentáneamente. El Evangelio, rechazado por unos, encuentra una acogida inesperada en otros corazones, y la sala se llena de “excluidos”.

Hay algo que nunca hemos de olvidar los creyentes: aunque las expresiones religiosas estén en crisis, Dios no está en crisis. La crisis de lo religioso no puede impedir que Dios se siga ofreciendo a cada persona. Desde esta perspectiva, es un error dejarnos intimidar en exceso por la actual crisis religiosa, como si fuera una situación imposible de superar para la acción salvadora de Dios.

No es así. La parábola de los invitados a la boda nos lo recuerda. Dios no excluye a nadie. Su deseo es que la sala del banquete se llene de invitados. Todo está ya preparado. Y nada ni nadie puede impedir a Dios que haga llegar a todos su invitación. Aunque la gran invitación de Dios encuentre rechazo en muchos, la invitación de Dios no se detiene. La pueden escuchar todos, «buenos y malos».

Es cierto que la llamada religiosa encuentra hoy el rechazo de muchos, pero la invitación de Dios no se ha apagado. La pueden escuchar todos los que en el fondo de sus conciencias escuchan la llamada del bien, del amor y de la justicia. Ellos pueden ser los nuevos comensales del banquete.

Los hombres y mujeres de hoy necesitan descubrir el Misterio de Dios como Buena Noticia. Los cristianos hemos de aprender a hablar de Él con un lenguaje más inspirado en Jesús, para deshacer malentendidos, aclarar prejuicios y eliminar miedos introducidos, como hemos dicho, por un discurso religioso lamentable que ha alejado a muchos de ese Dios que nos está esperando con todo preparado para la fiesta final.

Para la reflexión:

- La crisis de lo religioso no puede impedir que Dios se siga ofreciendo a cada persona. Desde esta perspectiva, es un error dejarnos intimidar en exceso por la actual crisis religiosa, como si fuera una situación imposible de superar para la acción salvadora de Dios. Ante la realidad social y eclesial, ¿pienso habitualmente que “esto no tiene arreglo”? ¿Por qué?
- La invitación de Dios no se ha apagado. La pueden escuchar todos los que en el fondo de sus conciencias escuchan la llamada del bien, del amor y de la justicia. Ellos pueden ser los nuevos comensales del banquete. ¿Conozco a personas “no religiosas” que por sus valores, su estilo de vida... podrían ser esos “nuevos comensales” del banquete del Reino?

ACTUAR: EL TRAJE DE FIESTA

La parábola tiene un final dramático, al descubrirse a un invitado sin vestirse de fiesta. El rey no está exigiendo algo imposible a quienes han sido invitados de improviso en las encrucijadas de los caminos. Podemos recordar las palabras del Padre misericordioso en Lucas 15: Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestidlo; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete..." Como era costumbre, el anfitrión habría preparado vestidos apropiados para aquellos que llegaran al banquete sin ellos.

Cuando el rey entró a saludar a los comensales reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo: - Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirte de fiesta? El otro no abrió la boca. El comensal ha rechazado el vestido que le ofrecían, y ha ofendido al rey al entrar en su banquete vestido impropriadamente.

Como en toda parábola, no hay que fijarse en la literalidad del texto sino en el mensaje que Jesús quiere transmitir respecto al Reino de Dios: no es suficiente “estar” en el banquete, sino que esa participación debe tener algún influjo sobre la vida. No es posible ser cristiano y no cambiar la propia conducta: las exigencias éticas cuentan en el Reino de Dios, es necesaria la conversión, “vestirse” como requiere el Reino de Dios.

Esta parábola interpela directamente a la comunidad cristiana, que son los nuevos invitados tras el rechazo del pueblo judío. No es suficiente el haber sido llamados, no basta el Bautismo que incorpora a la comunidad. Es necesaria la conversión, representada simbólicamente en la vestidura de fiesta. La llamada a la seriedad del compromiso no contradice la atmósfera festiva, al contrario: es la condición para que la fiesta del Reino a la que Dios nos invita sea verdadera.

Es necesario, en el gran banquete del Reino de los Cielos, no sólo decir “sí” y sentarse en la gran sala de la comunidad cristiana pensando que ya lo tenemos todo hecho. La invitación hay que tomársela en serio y debe repercutir en todas las dimensiones de la vida. Por eso hay que presentarse con el traje adecuado, es decir, con el estilo que quiere Cristo para los suyos y la exigencia que ese estilo conlleva, porque “el traje de fiesta” lo debemos llevar siempre puesto.

Recordemos las palabras de San Pablo a los Colosenses 3, 12-17: **Hermanos: Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.**

Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo.

Y celebrad la Acción de Gracias: la Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente.

Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados.

Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, ofreciendo la Acción de Gracias a Dios Padre por medio de Él.

Cristo nos dice claramente que hay que revisar, antes de sentarse, cómo es nuestra actitud ante Dios y ante los hombres, hasta qué punto la respuesta a la invitación va a teñir nuestra vida, va a repercutir en nuestra manera de juzgar las cosas, de orientar los acontecimientos, hasta qué punto somos conscientes de que el “sí” con el que respondemos a la invitación está comprometiéndonos personalmente para “revestirnos” de Cristo y presentarnos con el traje adecuado.

Esta parábola nos advierte que para entrar en el banquete del Reino es necesario un estilo de vida que ponga en práctica las enseñanzas de Jesús. Dios ha llamado a todos a participar en el banquete del Reino, pero sólo serán admitidos aquellos que hayan respondido a la invitación cambiando su estilo de vida.

Para la reflexión:

- ¿Llevo “traje de fiesta” cuando participo en la Eucaristía? ¿Me “lo quito” después?
- Medito este párrafo: Cristo nos dice claramente que hay que revisar, antes de sentarse, cómo es nuestra actitud ante Dios y ante los hombres, hasta qué punto la respuesta a la invitación va a teñir nuestra vida, va a repercutir en nuestra manera de juzgar las cosas, de orientar los acontecimientos, hasta qué punto somos conscientes de que el “sí” con el que respondemos a la invitación está comprometiéndonos personalmente para “revestirnos” de Cristo y presentarnos con el traje adecuado.

RETIRO: “LAS PARÁBOLAS DE JESÚS”

VIII.- LOS INVITADOS A LA BODA.

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿cuántas parábolas de Jesús sabría enumerarle?
- ¿Qué parábola es la más significativa para mí? ¿Por qué?
- ¿Sabría explicar la parábola de los invitados a la boda?

JUZGAR – Mateo 22, 1-14

En aquel tiempo volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo, diciendo:

—El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados encargándoles que les dijeran: tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda.

Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados:

—La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda.

Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo:

—Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirme de fiesta?

El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros:

—Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

LA INVITACIÓN

- ¿Qué me llama la atención al leer esta parábola? ¿Qué sentimientos despierta en mí?
- ¿Me siento invitado a ese banquete? ¿Cuál es mi reacción?
- Jesús dedica su vida entera a difundir la gran invitación de Dios. No imponía nada, no presionaba a nadie. Invitaba y llamaba. Anunciaba la Buena Noticia de Dios, despertaba la confianza en el Padre, quitaba los miedos, encendía la esperanza y el deseo de Dios. ¿Es ese mi estilo como cristiano, como discípulo misionero?

LAS EXCUSAS

- ¿Cuáles son mis excusas para rechazar las invitaciones de Dios? ¿Caigo en el error de dejar lo importante por lo urgente? Pienso en casos concretos.
- Hoy en día, para la gran mayoría de las personas, la felicidad está en tener más, en comprar más, en poseer más cosas y tener más seguridad. Otros buscan el goce inmediato en el juego, drogas, sexo y diversión... Hay que huir de los problemas y refugiarse en el placer del presente. ¿Conozco personas que busquen así la felicidad? ¿Dónde la busco yo?
- Medito este párrafo: Debemos reconocer que, en la Historia de la Iglesia, los “criados” enviados por el Señor bastantes veces no han presentado el mensaje cristiano como una invitación a una fiesta. Algunos han sustituido la Buena Noticia por una especie de recordatorio de un funeral o han convertido la invitación de bodas en una orden de reclutamiento para trabajos forzados.

LOS NUEVOS COMENSALES

- La crisis de lo religioso no puede impedir que Dios se siga ofreciendo a cada persona. Desde esta perspectiva, es un error dejarnos intimidar en exceso por la actual crisis religiosa, como si fuera una situación imposible de superar para la acción salvadora de Dios. Ante la realidad social y eclesial, ¿pienso habitualmente que “esto no tiene arreglo”? ¿Por qué?
- La invitación de Dios no se ha apagado. La pueden escuchar todos los que en el fondo de sus conciencias escuchan la llamada del bien, del amor y de la justicia. Ellos pueden ser los nuevos comensales del banquete. ¿Conozco a personas “no religiosas” que por sus valores, su estilo de vida... podrían ser esos “nuevos comensales” del banquete del Reino?

ACTUAR: EL TRAJE DE FIESTA

- ¿Llevo “traje de fiesta” cuando participo en la Eucaristía? ¿Me “lo quito” después?
- Medito este párrafo: Cristo nos dice claramente que hay que revisar, antes de sentarse, cómo es nuestra actitud ante Dios y ante los hombres, hasta qué punto la respuesta a la invitación va a teñir nuestra vida, va a repercutir en nuestra manera de juzgar las cosas, de orientar los acontecimientos, hasta qué punto somos conscientes de que el “sí” con el que respondemos a la invitación está comprometiéndonos personalmente para “revestirnos” de Cristo y presentarnos con el traje adecuado.

Parábola Los Invitados que se Excusan -

Valivan

https://www.youtube.com/watch?v=-8i_dGYcmwA

Hubo un rey que por las bodas de su hijo
un espléndido banquete preparó.
después mandó criados a importantes invitados
anunciándoles la gran la celebración.
El rey desea veros, debéis acudir ligeros.
mil manjares succulentos preparó.
Está la mesa puesta, disfrutemos de la fiesta
y llenemos de alegría el corazón.

Pero los amigos no quisieron
aceptar al rey su amable invitación.
Y con excusas, con pretextos, con disculpas
fue explicando cada uno su razón.
Tengo negocios, dijo uno de los amigos,
y no puedo abandonar mi ocupación.
Otro invitado cuenta que aunque mucho lo lamenta
ha de ir a un nuevo campo que compró.

El rey al recibir esta repuesta,
enfadado, a sus amigos ignoró.
Mandó invitar a gente menos displicente
que aceptaran al llamado de su amor.
Salieron servidores, a los últimos rincones,
convidando sin ninguna distinción.
Buenos y malos, fueron. Muchos acudieron
y llenaron el palacio del señor.

El rey observó que entre la gente
que en torno a la mesa se sentó,
había un hombre ruin, que había ido
sin el vestido propio de la celebración.
El rey le dijo: “amigo, como que has venido
sin el traje como era obligación.
Te haré llevar afuera, donde te espera
la tiniebla y la desconsolación”.

El Señor te está llamando a su fiesta
porque quiere su alegría compartir.
Él quiere estar contigo, quiere ser tu amigo.
No te niegues si deseas ser feliz.
Que no te pase a ti, como les pasó
a aquellos hombres que al rey dijeron no.
La dicha se perdieron porque no quisieron
aceptar el llamado de su amor.

